



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

Coy, 1997). Comentaremos este tema con más detalle en el capítulo 14, cuando veamos el desarrollo moral del niño.

Desarrollo en el contexto cultural. *Diferencias étnicas en el temperamento: ¿Biología o cultura?*



Si el temperamento es realmente heredado hasta un cierto grado, ¿es posible que diferentes razas y etnias muestren distintos estilos de conducta? Esta conclusión parece apuntar en algunos estudios que comparan a niños asiáticos y caucásicos (generalmente, norteamericanos). Pero, como siempre, diferenciar la aportación de la herencia de la del medio no es tarea fácil.

Algunos investigadores, a lo largo de los años, han dado a conocer que los bebés asiáticos tienden a ser más tranquilos, menos activos, vocalizan menos y resultan más difíciles de molestar (p. ej., con inoculaciones) que los bebés caucásicos (Camras *et al.*, 1992; Kagan, Kearsley y Zelazo, 1978; Kagan *et al.*, 1994; Lewis, Ramsey y Kawakami, 1993). Algunos datos ilustrativos se presentan en la tabla 12.1. Estos descubrimientos pueden interpretarse como diferencias temperamentales, tal como se describe en la reacción y autorregulación de Rothbart.

TABLA 12.1. *Promedio de puntuaciones de conducta referentes a actividad motriz, llanto, inquietud, vocalización y sonrisas en niños caucásico-norteamericanos y chinos de 4 meses de edad*

Conducta	Caucásico-americano	Chino
Actividad motriz	48,6	11,2
Llanto (en segundos)	7,0	1,1
Inquietud (% intentos)	10,0	1,9
Vocalización (% intentos)	31,4	8,1
Sonrisas (% intentos)	4,1	3,6

Fuente: De «The Idea of Temperament: Where Do We Go from Here», de J. Kagan, D. Arcus y N. Snidman, 1993. En R. Plomin y G. E. McClearn (eds.), *Nature, Nurture and Psychology*, Washington, DC: Copyright 1993 de American Psychological Association. Impreso con permiso.

La idea de que los genes de los bebés asiáticos y caucásicos puedan explicar los rasgos temperamentales diferentes no carece del todo de razón; sus genes obviamente distinguen los dos grupos en algunas características físicas. Pero antes de aceptar una conclusión biológica de tal tipo, es conveniente considerar si las influencias culturales pueden subyacer en algunas de estas diferencias.

Un factor importante puede ser el valor que la sociedad concede a los rasgos en las diferentes culturas (Chen, Rubin y Sun, 1992). Muchos padres en Estados Unidos, por ejemplo, consideran la timidez y la inhibición de sus hijos como una debilidad, quizás reflejo de un déficit social de algún tipo. Las conductas coherentes con este estilo no son en consecuencia apoyadas o aprobadas por esos padres. Un estilo de respuesta inhibido se considera más positivamente en las culturas asiáticas, sin embargo, donde se considera una virtud y signo de competencia. Los padres de esos niños, pues, probablemente les animarán a comportarse de esa manera (Chen, Rubin y Li, 1995).

De forma similar, en Tailandia se pone mucho énfasis en educar a los niños en ser obedientes, pacíficos y respetuosos con la autoridad. Algunos estudios han mostrado que los niños tailandeses presentan menos problemas de conducta en la escuela que los niños americanos (Weisz *et al.*, 1995) y que los problemas que presentan generalmente se refieren a abandono social y temas relacionados con la ansiedad, más que a conductas activas o que causen disturbios (Weisz *et al.*, 1993). Resultados similares se han encontrado en las comparaciones entre niños japoneses y americanos (Stevenson y Stigler, 1992).

Estas diferencias en Occidente respecto a los valores culturales asiáticos no descartan la posibilidad de la implicación genética, pero sugieren que ha de tenerse siempre en cuenta el contexto de desarrollo cuando se evalúa el temperamento o cualquier otra característica del niño en desarrollo.

Recapitulación

El temperamento se refiere a un estilo global de actuación de un bebé. No existe acuerdo respecto a la definición de temperamento, pero muchos investigadores consideran que tiene una base genética, estable y evidente desde muy pronto en la vida.

Los investigadores han realizado aproximaciones diferentes a la investigación del temperamento. El proyecto NYLS se ha basado en un estudio longitudinal diseñado para identificar los correlatos tempranos de los problemas sociales y emocionales posteriores. Basándose en entrevistas con los padres, esta aproximación ha identificado tres tipos de temperamentos: el bebé fácil, el bebé difícil y el bebé de reacción lenta. Sin embargo, ha recibido críticas por su exceso de confianza en las informaciones de los padres. El modelo EAS de Plomin tiene una fuerte orientación biológica. Define el temperamento como la emocionabilidad, actividad y sociabilidad del bebé. Rothbart sostiene que el temperamento refleja la reacción (emocionabilidad) y la autorregulación (capacidad de controlar la emocionabilidad) del bebé.

Se considera que el temperamento influye en la interacción madre-hijo a través de la perfección de la correspondencia, el grado en que encajan las características temperamentales del bebé con su entorno físico y social. La calidad de estas interacciones, a su vez, pueden influir en el desarrollo cognoscitivo del niño. Se considera, también, que el temperamento está relacionado con las conductas posteriores de los niños. Se ha demostrado que los bebés clasificados como difíciles están en una situación de riesgo con respecto a posibles alteraciones de conducta, aunque los mecanismos de esta conexión no están claros. Los niños tímidos pueden estar mostrando un rasgo temperamental temprano, la inhibición, que es evidente en sus interacciones de conducta y sus reacciones fisiológicas ante situaciones de tensión.

El apego

Llegamos finalmente al tema más esencial de este capítulo. ¿Cómo desarrollan las madres y sus hijos la intensa relación emocional que caracteriza la primera infancia y la infancia? Hemos visto que este proceso parece ser continuo, comenzando con las primeras interacciones madre-hijo. El desarrollo del sistema afectivo, que está

en la base de la regulación de la unión entre el bebé y quien le cuida, es importante en especial para instituir el escenario para la relación social que está a punto de formarse. El temperamento del bebé juega también, indudablemente, un papel en este proceso.

CURSO DEL DESARROLLO DEL APEGO

El apego del bebé con el cuidador puede observarse claramente por primera vez hacia los 6 u 8 meses de edad. Sin embargo, el proceso comienza, en realidad, muy poco tiempo después del nacimiento y continúa bastante más allá de esa fecha. Describimos aquí tres etapas generales del desarrollo del apego que se corresponden *grosso modo* con aquellas propuestas en diversos modelos teóricos de este proceso (Bowlby, 1982; Schaffer y Emerson, 1964).

Fase 1 (desde el nacimiento a los 2 meses): sensibilidad social indiscriminada

Al principio, los bebés no centran su atención exclusivamente en sus madres y responderán positivamente, a veces, ante cualquiera. Sin embargo, se comportan de forma que preparan el escenario para el desarrollo de una relación de apego con su cuidador. Tal como hemos visto, los bebés vienen al mundo con un cierto número de respuestas innatas diseñadas para atraer a la madre cerca (como el llanto) y mantenerla a mano (mostrándose tranquilo y sonriente, por ejemplo). Y aunque los bebés en esta etapa pueden no reservar su sociabilidad para el cuidador, lo reconocen claramente. Algunos experimentos han demostrado que los recién nacidos, en realidad, prefieren mirar a sus madres (o a fotografías de su madre) que a un desconocido ya desde sólo unos días después del nacimiento (Bushnell, Sai y Mullin, 1989; Pascalis *et al.*, 1995).

Los cuidadores también aprenden muy rápidamente a reconocer a sus bebés. En las primeras horas después de dar a luz, por ejemplo, las madres pueden identificar a su propio bebé basándose únicamente en el olor (Kaitz *et al.*, 1987) o tocándole una mano o una mejilla (Kaitz *et al.*, 1992, 1993).

Una diferencia importante, sin embargo, es que mientras el bebé muestra apego sólo tras el paso de algunos meses, el vínculo emocional de la madre hacia el bebé se desarrolla muy rápidamente. Se creía que el **vínculo maternal** tenía lugar durante un período sensible inmediatamente posterior al nacimiento y que requería contacto directo a flor de piel con el bebé (Klaus y Kennell, 1976; Klaus, Kennel y Klaus, 1995). Basándose en este punto de vista, muchos hospitales facilitaron que las madres pasaran más tiempo con sus bebés durante las primeras horas y días de la vida, presumiblemente esenciales.

Las investigaciones, sin embargo, indican que aunque estos contactos primeros pueden ser importantes para algunas madres en ciertas circunstancias, no parecen ciertamente *necesarios* para el desarrollo de un fuerte vínculo maternal (Eyer, 1992; Goldberg, 1983; Lamb y Hwang, 1982; Myers, 1987; Svejda, Pannabecker y Emde, 1982). Las madres y bebés que han estado separados durante los primeros días después del nacimiento, debido a enfermedades, tienen las mismas probabilidades de desarrollar fuertes relaciones de apego (Rode *et al.*, 1981). Esto es igualmente cierto para las madres y sus hijos adoptados (Brodzinsky, Lang y Smith, 1995).

Fase 2 (meses 2 a 7): sensibilidad social diferenciada

Durante la segunda etapa, los bebés devienen más interesados en el cuidador y otras personas familiares, y dirigen hacia ellos sus respuestas sociales. Aunque aún aceptan a los desconocidos, les otorgan un estatus de segunda clase.

A lo largo de este período el bebé y su cuidador desarrollan pautas de interacción que les permiten comunicarse y que establecen una relación especial entre ellos. El niño desarrolla una representación cognoscitiva, o *modelo de trabajo interno*, de la persona que le cuida basado en cuán segura y confiable percibe que es (Bretherton, 1993). El bebé también mira a la madre, cuando está inquieto o inseguro, en busca de información respecto a cómo debería sentirse —el proceso de referenciación social descrito anteriormente—, y la madre utiliza este sistema de comunicación, a su vez, para ejercer cierto control sobre el niño (Ainsworth, 1992).

También tiene importancia en el proceso de apego el que los bebés empiezan a desarrollar un sentido del «sí mismo», del «yo», y a comprender que ellos son algo separado del resto del mundo y que pueden hacer cosas para influir sobre él. Comentaremos estos procesos en detalle en el capítulo siguiente.

Fase 3 (meses 8 a 24): apego centrado

El vínculo de apego se hace más evidente en el tercer trimestre del primer año y sigue siendo muy fuerte hasta los 2 años. La aparición de las conductas de apego está mucho más unida al desarrollo en dos áreas. Una es la emocional. En algún momento de esta época, empieza a surgir el miedo como emoción dominante. Con el aumento de la memoria y otras funciones cognoscitivas, los bebés comienzan a reconocer lo que es extraño o desconocido, y generalmente reaccionan ante esas experiencias de forma negativa (Thompson y Limber, 1990). **La precaución ante los desconocidos** se convierte en algo común, causando frecuentemente que el bebé lllore y se refugie en su madre. Separarse de la persona que le cuida produce **protestas por la separación**, que también implican llantos y a veces la búsqueda de la madre. Ambas formas de inquietud se reducen generalmente una vez que el bebé vuelve a estar en contacto con el cuidador.

La otra es el desarrollo físico. Hacia los 6 u 8 meses, la mayoría de los bebés comienzan a gatear. Esta capacidad da a los bebés su primera oportunidad de tener un considerable control respecto al lugar donde se encuentran. Es esencial en el proceso de apego, porque el bebé ya no necesita confiar en el llanto o en conductas relacionadas con él para conseguir estar cerca de su madre. El bebé sólo necesita gatear hacia ella y seguirla por donde vaya.

El proceso de apego total se hace evidente cuando el niño une estas dos evoluciones y comienza a tratar a su madre como una *base segura*. Ahora la mayor movilidad del pequeño le permite regular sus sentimientos de miedo e inseguridad controlando la distancia que lo separa de su madre. Cuando se siente seguro se aventura audazmente lejos de la madre para explorar el entorno, pero, cuando aparece una persona desconocida o se produce una situación extraña, vuelve hacia la madre en busca de comodidad y seguridad (Bowlby, 1988).

El desarrollo de este tipo de vínculo de apego entre el niño y su cuidador está ya bien establecido. Pero los psicólogos aún estudian cómo se desarrolla exactamente

y qué efectos tiene en el posterior desarrollo del niño (Thompson, 1998; Waters *et al.*, 1995).

COMPROBACIÓN DEL APEGO

Para estudiar el proceso de apego, los investigadores han de disponer de métodos válidos y seguros para evaluar la naturaleza y calidad de la relación niño-cuidador. Con tal propósito se han desarrollado dos grandes métodos principales.

Procedimiento de la situación desconocida

El más antiguo y más conocido de los sistemas de evaluación de la fortaleza y calidad de la relación de apego es el **procedimiento de la situación desconocida**. Este método fue desarrollado en los años 1960 por Mary Ainsworth como parte de un estudio longitudinal del proceso de apego (Ainsworth y Witting, 1969).

La situación desconocida es un procedimiento de laboratorio que implica estudiar al niño en su interacción con la madre y con un adulto desconocido en un entorno no familiar. Este método asegura que la situación será al menos suavemente tensa para el niño y también que obtendrá conductas de apego de base segura hacia el cuidador. El procedimiento se realiza generalmente con niños de unos 12 meses de edad, momento en que la relación de apego debe estar claramente establecida. De especial interés son las reacciones del niño al separarlo de la madre y cuando vuelve a reunirse con ella.

El método consta de 8 episodios, resumidos en la tabla 12.2. El episodio 1 simplemente implica introducir al cuidador y al bebé en una sala del laboratorio, que contiene diversas sillas y un conjunto de juguetes diseñados para fomentar la exploración por parte del bebé. Los observadores se sitúan tras unas ventanas de una sola dirección, desde donde pueden observar y grabar en vídeo las conductas del bebé para su puntuación posterior. Los dos episodios siguientes proporcionan experiencias de preseparación para el bebé. En el episodio 2, el cuidador y el bebé están solos, y los observadores anotan el deseo del bebé de estudiar los juguetes y la situación nueva. En el episodio 3, un desconocido se une a ellos y, tras un minuto de silencio, comienza una conversación con el cuidador y también intenta comprometer al bebé en el juego.

El episodio 4 representa la primera separación, en la que el cuidador deja al niño solo con el desconocido. Este episodio puede durar unos tres minutos, pero se acorta si el bebé muestra demasiada angustia. El episodio 5 implica la vuelta del cuidador y la partida del desconocido. La forma de reaccionar del bebé con el cuidador se anota detalladamente. El cuidador permanece con el bebé durante al menos tres minutos, ofreciéndole tranquilidad y seguridad, e intenta conseguir que el bebé vuelva a interesarse en los juguetes.

En el episodio 6 tiene lugar la segunda separación. Ahora el cuidador deja al bebé solo en la habitación, por un máximo de tres minutos, dependiendo del nivel de angustia del bebé. El desconocido vuelve a entrar en el episodio 7 e intenta interactuar con el bebé. El episodio 8 es la segunda reunión, durante la cual el cuidador se presenta y coge en brazos al bebé mientras el desconocido se va.

TABLA 12.2. *Procedimiento ante una situación extraña (desconocida)*

Número de episodio	Personas presentes	Duración	Breve descripción de la acción
1	Madre, bebé y observador	30 segundos	El observador introduce a la madre y al bebé en la sala experimental, y sale.
2	Madre y bebé	3 minutos	La madre no participa mientras el bebé explora. Si es necesario, se estimula el juego pasados dos minutos.
3	Desconocido, madre y bebé	3 minutos	Entra el desconocido. Minuto 1: el desconocido permanece en silencio. Minuto 2: el desconocido conversa con la madre. Minuto 3: el desconocido se aproxima al bebé. Después de 3 minutos, la madre sale discretamente.
4	Desconocido y bebé	3 minutos o menos*	Primer episodio de separación. La conducta del desconocido se coordina con la del bebé.
5	Madre y bebé o más	3 minutos	Primer episodio de reunión (reencuentro). La madre saluda y reconforta al bebé, intenta después que vuelva a jugar. La madre sale entonces, despidiéndose.
6	El bebé solo	3 minutos o menos*	Segundo episodio de separación.
7	Desconocido y bebé	3 minutos o menos**	Continúa la segunda separación. El desconocido entra y coordina su conducta con la del bebé.
8	Madre y bebé	3 minutos	Segundo episodio de reunión (reencuentro). La madre entra, saluda al bebé, y le coge en brazos. Mientras tanto, el desconocido sale discretamente.

* El episodio se recorta si el bebé está excesivamente angustiado.

** El episodio se prolonga si se necesita *más* tiempo para que el bebé se reincorpore al juego.

Se han encontrado generalmente tres pautas de reacción para describir a la mayoría de los bebés que han pasado por este procedimiento (Ainsworth, 1983; Thompson, 1998). Los bebés que muestran la pauta B se considera *que tienen un apego seguro* con el cuidador. Se sienten suficientemente seguros para explorar libremente durante los episodios de preseparación, pero muestran angustia cuando el cuidador se va y reaccionan con entusiasmo cuando vuelve. Aproximadamente un 65 % de los bebés reaccionaron de esta forma. Los bebés incluidos en la pauta A se describen como

inseguros-rehuyentes. Muestran generalmente poca angustia ante la separación, y cuando el cuidador vuelve, tienden a evitarle. Esta pauta representa un 25 % de los bebés. Los bebés incluidos en la pauta C se denominan *inseguros-resistentes*. Dan muestras de angustia a lo largo de todo el procedimiento, pero especialmente durante la separación. Las reuniones con quien le cuida producen una mezcla de liberación al verlo y enfado dirigido hacia él. Sólo un 10 % aproximadamente de bebés responden de esta forma.

Es importante comprender que, aunque la «situación desconocida» se centra en la conducta del bebé, está diseñada para comprobar la calidad de la *relación* entre el bebé y quien se cuida de él. Se considera que los bebés de la pauta B han desarrollado un apego seguro y saludable, mientras que las relaciones desarrolladas por los bebés de las pautas A y C son menos óptimas.

Una ventaja importante de este procedimiento es que está muy estructurado y en consecuencia puede aplicarse en la misma forma diferentes veces y por diferentes investigadores. Como se graba en vídeo, también puede volver a ser observado por otros investigadores o por otras razones. La mayor desventaja es que cuenta sólo con una breve muestra de interacciones del niño (generalmente menos de 30 minutos), sucede en un entorno y emplazamiento no familiar y la conducta de la madre está dirigida estrictamente.

Apego Q-Set (Cuestionario global sobre el apego)

Un método alternativo para evaluar el apego que evita los problemas que acabamos de mencionar es el llamado **Attachment Q-Set (AQS)** (Water, 1995; Water y Deane, 1985). Más que estudiar el apego en el laboratorio, esta evaluación se realiza en el hogar y en un período mucho más largo de tiempo.

El procedimiento generalmente necesita observadores preparados, que visitan al niño y la madre en su propia casa, a veces más de una vez, y observan sus interacciones en una diversidad de actividades típicas. Tras completar varias horas de observación, cada observador evalúa la naturaleza y calidad de la relación madre-bebé utilizando el *método tipo Q* (cuestionario), una técnica de clasificación usada en la investigación social en la que frases preparadas se clasifican en categorías. A veces las propias madres sirven de observadoras y evaluadoras.

El AQS (Cuestionario global sobre el apego) consta de 90 puntos; cada uno describe la conducta de un bebé o un niño (1-5 años de edad) que interactúan con la madre (p. ej., «El niño disfruta subiendo sobre su madre cuando juega» o «Cuando el niño vuelve con su madre después de jugar, a veces está nervioso sin una razón clara»). Cada punto está impreso en una tarjeta, y se pide al observador que clasifique las 90 tarjetas en 9 montones que van desde «menos parecido al niño» (montones 1-3) a «más parecido al niño» (montones 7 a 9).

Cuando se han distribuido todas las tarjetas, el investigador compara el perfil del niño según el observador con el perfil de un «niño con apego seguro» preparado por expertos en el campo. Cuando mayor sea la correlación con la descripción del experto, más apegado con seguridad se considera al niño.

El AQS parece ofrecer una ventaja importante sobre el procedimiento de la situación desconocida en que se refiere a un conjunto más amplio de conductas por parte de la madre y el bebé (Pederson y Moran, 1995). Sin embargo, estudios que han in-

cluido ambos métodos han demostrado en general que clasifican a los niños de forma parecida (Pederson y Moran, 1996; Seifer *et al.*, 1996; Vaughn y Waters 1990). Más importante que las diferencias entre los métodos son los temas que presentan. ¿Qué factores producen diferentes pautas de apego entre bebé y cuidador y qué importancia tienen en el desarrollo del niño?

DETERMINANTES DEL APEGO

El primer tema concierne al origen de las pautas de apego. Se han sugerido diversos factores como determinantes del tipo de relación de apego que se desarrolla (Belsky, Rosenberge y Crnic, 1995).

Capacidad de reacción materna

Muchos teóricos creen que la principal influencia en la calidad del apego es la capacidad de reacción materna hacia el bebé. (Veremos el papel de los padres en el apego en una sección posterior.) Se cree que las madres que son más sensibles ante las necesidades de sus bebés y que ajustan sus conductas a las de éstos tienen mayores probabilidades de desarrollar una relación de apego segura (Ainsworth, 1983; Isabella, 1994; Pederson y Moran, 1995).

Pueden verse ejemplos de estas interacciones en un cierto número de situaciones diarias. Una de ellas es la alimentación. Los bebés de la pauta B tienen madres que son más sensibles ante sus señales, que les dan de comer a un ritmo cómodo, se dan cuenta de cuándo están satisfechos o dispuestos a tomar más, y conocen sus gustos o preferencias de textura (Ainsworth *et al.*, 1978; Egeland y Farber, 1984). Otra situación reveladora es la sensibilidad ante el llanto. Las madres de los bebés de la pauta B tienen menor tendencia a ignorar sus llantos, reaccionan más rápidamente y son más efectivas en confortar al bebé (Belsky, Rovine y Taylor, 1984; Del Carmen *et al.*, 1993). Una tercera situación se refiere al contacto corporal con el bebé. Cuando las madres de los bebés de la pauta B los tienen en brazos, tienden a ser más cariñosas, alegres y tiernas con sus hijos (Anisfeld *et al.*, 1990; Tracy y Ainsworth, 1981).

En las interacciones cara a cara, los bebés de la pauta B tienen padres que sincronizan bien sus acciones para engranarlas con las del bebé (sincronía de interacción y respeto de turnos), lo que también sirve para alargar el tiempo que están juntos (Isabella y Belsky, 1991; Isabella, Belsky y Von Eye, 1989; Kiser *et al.*, 1986). Finalmente, se ha demostrado que los niveles globales de aceptación, rechazo y sensibilización de las madres a lo largo de una diversidad de actividades diarias predicen cuál de las tres clasificaciones de apego mostrarán sus bebés en la «situación desconocida» (De Wolff y van Ijzendoorn, 1997; Pederson y Moran, 1996; Rosen y Rothbaum, 1993; Seifer *et al.*, 1996).

Otros tipos de pruebas unen la conducta del cuidador a la calidad de la relación de apego. Por ejemplo, los bebés pueden desarrollar diferentes relaciones de apego con diferentes cuidadores (p. ej., la madre, el padre, cuidadores profesionales) y no sería de extrañar que los cuidadores respondan de forma diferente al niño (Howes y Hamilton, 1992; Sagi *et al.*, 1995; van Ijzendoorn y De Wolff, 1997).

CUADRO 12.1. *Clásicos de la investigación.*
Amor de madre: estudios de Harlow sobre el apego

La mayor parte de los primeros trabajos sobre el apego se referían a otras especies. Esto fue debido, en parte, al hecho de que una gran proporción de esa investigación fue llevada a cabo por etólogos, científicos que habían estudiado la conducta, tradicionalmente, en un amplio margen de especies animales. Pero también refleja el hecho de que algunas cuestiones no pueden plantearse fácilmente en estudios sobre los sujetos humanos. Un estudio clásico que ilustra este punto fue llevado a cabo por Harry Harlow en la Universidad de Wisconsin.

Harlow estaba interesado en determinar el papel que la alimentación tiene en el proceso de apego. Muchos psicólogos en aquella época aceptaban el punto de vista de la teoría del aprendizaje de que el apego del bebé a la madre se basaba en su papel como un poderoso estímulo de refuerzo. La madre no sólo proporciona al niño estimulación, le cambia los pañales y le reconforta cuando está inquieto, sino que —quizá lo más importante— es la fuente de su alimentación. Como el alimento es tan importante para el mantenimiento de la vida, muchos investigadores asumían que el bebé se sentía emocionalmente unido a su madre como consecuencia de asociarla con ello.

Para comprobar esta hipótesis, un investigador necesitaría manipular de forma experimental cuándo, cómo y quién alimenta al bebé. Por razones éticas, esta investigación no puede llevarse a cabo con bebés humanos. Harlow, pues, estudió esta cuestión utilizando la que él consideraba la mejor alternativa posible: bebés del mono *rhesus*. Harlow sospechaba que además de la alimentación, la posibilidad de arrimarse amorosamente a la madre podría influir también en el proceso de apego. Así que realizó el siguiente estudio:

Se apartó a un grupo de monos *rhesus* de sus madres inmediatamente después del nacimiento y fueron criados en el laboratorio por dos «madres» sustitutas hechas de madera y cables. Una de las madres sustitutas estaba recubierta de una vestimenta de tela, a la cual el bebé mono podía abrazarse; la otra estaba hecha solamente de malla de alambre. A la mitad de los bebés se les proporcionaba el alimento por medio de una botella en la «madre vestida», mientras que a los otros el alimento se les enganchaba en la madre de alambre. Para comprobar el «amor» de los bebés hacia esas madres, Harlow utilizó dos mediciones. Una fue la cantidad de tiempo pasado con cada madre sustituta. La otra fue el grado en que la madre proporcionaba al bebé seguridad en situaciones de temor.

Los resultados fueron tremendamente sorprendentes. Los bebés mono pasaban un promedio de 17 a 18 horas diarias con la madre de trapo y menos de una hora al día con la de alambre, independientemente de cuál de ellas les proporcionara el alimento. De forma similar, al sentirse asustados, los bebés mono consecuentemente buscaban la seguridad en la madre de trapo; y cuando sólo disponían de la madre de alambre, los bebés parecían encontrar poco consuelo con su presencia (Harlow y Harlow, 1966). La investigación de Harlow demostró, pues, que el factor más importante en el desarrollo del apego en los monos *rhesus* no es la alimentación sino la posibilidad de abrazarse y arrimarse amorosamente, un fenómeno que llamó *contacto reconfortante*.

La importancia de este proceso para nuestra especie no está aún claro, en parte porque no es posible hacer una réplica del experimento de Harlow, privando a bebés humanos del contacto con quienes les cuidan. Pero esta investigación clásica sí que incitó a los investigadores a estudiar otros factores diferentes del condicionamiento y los principios del aprendizaje en su búsqueda de los determinantes del apego en el ser humano. Y sirvió también para recordar que las ideas que se refieren a las causas de la conducta no deben aceptarse sin una verificación científica aunque tengan una gran aceptación.

También la proporción de niños en diferentes clasificaciones de apego varía de una cultura a otra, también presumiblemente como resultado de diferentes prácticas de cuidado (pronto veremos esto de nuevo) Sagi *et al.* 1995; van Ijzendoorn y Kroonenberg, 1988). Finalmente, intervenciones diseñadas para aumentar la sensibilidad de las madres hacia sus niños también han producido relaciones de apego más seguras entre ellos (van den Boom, 1994, 1995; van Ijzendoorn, Juffer y Duyvesteyn, 1995).

Parece claro, pues, que la seguridad en la relación entre niño y cuidador depende mucho del tipo de cuidados que reciba el niño. Sin embargo, también debería estar claro ya en este punto que el niño tiene algo más que un poco que ver en cómo su madre lo trata.

El apego a través de las generaciones

Es razonable preguntarse por qué algunas madres responden de forma más sensible a sus bebés que otras. Una respuesta parece referirse a los recuerdos de la madre de sus propias experiencias infantiles. Utilizando un instrumento llamado «**Entrevista a adultos sobre el apego**», los investigadores han hecho que las madres describieran sus propias relaciones infantiles de apego y las han clasificado en tres grandes grupos (George, Kaplan y Main, 1985; Main y Goldwyn, 1998).

Las madres *autónomas* presentan una imagen objetiva y equilibrada de su infancia, siendo conscientes de las experiencias positivas y de las negativas; las madres *con rechazo*, manifiestan tener dificultad en recordar su infancia y parecen darle poca importancia; las madres *preocupadas* tienden a explicar largamente sus primeras experiencias, con frecuencia describiéndolas de forma confusa y altamente emocional; y madres *indecisas* han experimentado algún trauma en relación con el apego que aún no han resuelto, como pérdida del padre o la madre, o malos tratos.

La presunción que subyace en este estudio es que los recuerdos y sentimientos de las madres sobre su propia seguridad de apego se expresarán en sus atenciones hacia su hijo y así influirán en la relación bebé-cuidador. Diversos estudios han mostrado que estas clasificaciones son razonablemente predictoras de las pautas de apego que estas madres forman con sus hijos (Posada *et al.*, 1995; van Ijzendoorn, 1992, 1995). Y lo que es más impresionante, pueden predecir en ambas direcciones, tanto hacia el futuro como hacia el pasado. Es decir, la entrevista hecha a madres durante el período de gestación predice su posterior apego hacia sus hijos (Steele, Steele y Fonagy, 1996; Ward y Carlson, 1995) y entrevistas realizadas con madres cuando sus hijos tienen 6 años de edad predicen su apego cuando los niños tenían sólo 12 meses (Main *et al.*, 1985).

Temperamento y apego

Hemos visto que el temperamento de un niño puede influir en cómo interactúa con su cuidador además de en otras situaciones sociales. Algunos investigadores creen que el temperamento puede, en consecuencia, jugar un papel en el proceso de apego. Esto podría tener lugar en dos formas diferentes (Seifer y Schiller, 1995).

El temperamento del bebé podría interferir en una evaluación válida de su clasificación de apego. Por ejemplo, algunos investigadores creen que los bebés que son

temerosos e inhibidos suelen frecuentemente ser clasificados en la pauta C en el proceso de la situación desconocida, no porque realmente tengan este tipo de relación con su cuidador sino porque su reacción desmesurada ante la situación desconocida da la *apariencia* de que su apego es inseguro (Calkins y Fox, 1992; Kagan 1994; Thompson, Connell y Bridges, 1988). Las características temperamentales que se refieren al nivel de actividad, distracción o calma se supone igualmente que influyen en la clasificación en la situación desconocida (Goldsmich y Harman, 1994). Este problema no parece importante, sin embargo y la utilización de la metodología basada en el Cuestionario global (Q-Set) ha ayudado a superarlo (Rothbart y Bates, 1998).

El papel más importante del temperamento es que puede influir directamente en el tipo de relación de apego que el niño desarrolla con el cuidador. Esta idea se relaciona con el concepto de «buena adecuación» comentado anteriormente. Por ejemplo, los bebés que son irritables o tienen otras características propias de un estilo temperamental difícil pueden tener problemas para conseguir una respuesta rápida y adecuada. Otra posibilidad es que el temperamento del bebé pueda influir en la sensibilidad del niño hacia los cuidados de la madre; el mismo tipo de cuidado podría ser recibido de forma diferente por distintos niños. Cualquiera de estas situaciones podría tener como resultado que el niño tenga menos probabilidades de desarrollar un apego seguro con la madre.

Parece haber cada vez más pruebas de que el temperamento puede influir en la relación de apego en la segunda forma, más directa (Seifer *et al.*, 1996; van den Boom 1994), pero los procesos precisos responsables de la influencia siguen sin identificarse (Thompson, 1998).

Desarrollo en el contexto cultural. El apego a través de las culturas



La teoría del apego propuesta originalmente por Bowlby y Ainsworth podría parecer que predice que el proceso funcionaría en todas partes en la misma forma para todos los niños y todos los cuidadores. Después de todo, los mecanismos biológicos que subyacen en este proceso presumiblemente han evolucionado a lo largo de millones de años y mucho antes del comienzo de las culturas que existen hoy en día. Pero muchos investigadores actuales creen que la teoría permite algunas variaciones y que el descubrimiento de diferencias culturales en cómo los niños y los cuidadores se relacionan no necesariamente socava sus elementos básicos.

La mayoría de los trabajos sobre apego se han hecho en Estados Unidos. Pero este fenómeno se está estudiando cada vez más en otros países y culturas, y ha quedado de manifiesto que el apego varía en cierto grado con el contexto cultural en el que se desarrolla (Main, 1990). Esta conclusión se basó inicialmente en estudios que utilizaron el procedimiento de la situación desconocida pero que después ha sido confirmada por investigaciones con el método del Cuestionario global o Q-Set (Sagi *et al.*, 1995).

Alemania representa una cultura occidental industrializada en donde podemos esperar unas pautas de apego similares a las de Estados Unidos. Pero no es exactamente así, sin embargo. Los investigadores han encontrado que un menor número de parejas bebé-cuidador muestran la relación de apego segura (pauta B) que en las muestras de Estados Unidos y que más parejas se clasifican como pauta A (insegura-rechazante). Esta diferencia no parece proceder de una menor sensibilidad maternal entre las madres alemanas. Por el contrario, los investigadores especulan que el interés de las madres alemanas en hacer independientes a sus hijos da como resultado que los bebés parezcan menos

interesados en sus madres durante las reuniones (Grossmann y Grossmann, 1990; Grossmann *et al.*, 1985).

Se ha observado que con los niños japoneses los resultados son muy diferentes con un mayor porcentaje de apego pauta C, o inseguro-resistente. Pero en esta cultura, las madres raramente dejan a sus bebés con otras personas, y así el procedimiento de la «situación desconocida» podría ser causa de mayor tensión en esos niños (Miyake, Chen y Campos, 1985; Takahashi, 1986, 1990).

Aún se da una situación de crianza diferente en Israel, donde los bebés son atendidos juntos en un *kibbutz* comunal. Como estos bebés pasan la mayor parte del tiempo con una única persona que les cuida, tienen, generalmente, limitadas las exposiciones a personas o situaciones desconocidas. Quizá por esta razón los bebés de esta cultura también responden de forma pobre al procedimiento de la «situación desconocida», mostrando la mayoría la pauta de apego C (Sagi, 1990; Sagi y Lewkowicz, 1987).

Las diferencias culturales no siempre significan diferencias de nacionalidad. Incluso dentro de Estados Unidos pueden encontrarse diferencias en el apego entre ciertos grupos. En la cultura afroamericana, por ejemplo, el cuidado del niño se comparte generalmente por múltiples miembros de la familia, en vez de permanecer principalmente con la madre. Como consecuencia, los bebés afroamericanos no parecen encontrar, con frecuencia, que el procedimiento de la «situación desconocida» sea especialmente generador de tensión (Jackson, 1993).

De forma similar, las madres portorriqueñas y las angloamericanas suelen diferir en sus expectativas respecto a la conducta de sus hijos en la «situación desconocida». Mientras las madres angloamericanas acentúan la actividad y el individualismo, las madres portorriqueñas enfatizan el autocontrol y el respeto. En consecuencia, las madres angloamericanas clasificaban la exploración activa como la reacción más deseable del niño en la «situación desconocida», mientras que las madres portorriqueñas preferían que la conducta del bebé fuera la conducta adecuada en público (como ausencia de llanto) y así mantenían al bebé en contacto íntimo con ellas (Harwood, 1992; Harwood y Miller, 1991).

El mensaje a partir de todos estos estudios es de precaución. La mayoría de los investigadores están de acuerdo en que la situación desconocida y el Método Q-Set, o Cuestionario global, siguen siendo pruebas válidas de la calidad de la relación bebé-cuidador (Bretherton, 1995), y las pruebas reunidas a través de muchas culturas sugieren que el proceso de apego es razonablemente similar en unos y otros países (Sagi *et al.*, 1995; Wartner *et al.*, 1994). Sin embargo, los investigadores han de tener cuidado de no asumir que los valores y prácticas de su cultura son universales y que cualquier desviación representa problemas o un desarrollo no óptimo. Lo que parece ser inseguro-rechazante o inseguro-resistente podría tener un significado muy diferente cuando se observa desde dentro de otra cultura.

EFFECTOS DEL APEGO EN OTRAS CONDUCTAS

La otra gran cuestión respecto a la investigación sobre el apego se refiere a los efectos de un apego seguro o inseguro en otros aspectos del funcionamiento del bebé. Muchos estudios han mostrado que los bebés con apego seguro exhiben una diversidad de otros caracteres positivos que no se encuentran en los bebés cuyas relaciones con quien les cuida son de más baja calidad.

Uno de ellos es la competencia cognoscitiva del niño. Diversos experimentos muestran que los bebés con apego seguro tienen posteriormente mayor capacidad para solucionar problemas (Frankel y Bates, 1990; Jacobsen, Edelstein y Hofmann, 1994;

Matas, Arend y Sroufe, 1978). También se ha indicado que los bebés de pauta B son más curiosos y realizan más exploraciones que los otros bebés (Hazen y Durrett, 1982; Slade, 1987). Finalmente, un estudio sostiene que la competencia cognoscitiva de los niños a los 4 años de edad puede predecirse por la capacidad de respuesta de sus madres hacia ellos (y presumiblemente la calidad final de la relación de apego) a los 3 meses de edad (Lewis, 1993).

Los bebés que tienen un apego seguro también parecen más socialmente competentes. Por ejemplo, tienden a ser más cooperadores y obedientes, y se llevan mejor con sus compañeros (Cassidy *et al.*, 1996; Fagot, 1997; Kerns, 1994). Además, los bebés de esta pauta tienen menos probabilidad de desarrollar problemas emocionales o de conducta que los de las pautas A o C (Erickson, Sroufe y Egeland, 1985; Lewis *et al.*, 1984). Esto no significa, sin embargo, que los bebés con apego inseguro estén predestinados a tener problemas. Se ha comprobado, por ejemplo, que estos bebés parecen beneficiarse más de las experiencias de la guardería, lo que sugiere que las influencias del entorno juegan un papel importante en el desarrollo de su competencia social posterior (Egeland y Heister, 1995).

Aún no se comprende del todo por qué un apego seguro con el cuidador tiene estos efectos. Pero es probable que como resultado de sentirse seguro en la presencia del cuidador, el bebé se sienta cómodo explorando el entorno social y físico y en consecuencia desarrolle importantes capacidades cognoscitivas y sociales.

Recapitulación

El apego entre el bebé y quien le cuida se desarrolla en tres etapas. Entre el nacimiento y los 2 meses, los bebés reaccionan socialmente a casi todo el mundo. Desde los 2 a los 7 meses, la respuesta social de los bebés se dirige principalmente a las personas que le son familiares, y desarrollan un sistema de comunicación afectiva especial con quienes les cuidan. El apego bien definido se hace evidente entre los 6 y los 8 meses. En ese momento el bebé es cauteloso con los desconocidos, protesta por la separación y utiliza a la madre como una fuente de comodidad y una base segura. La aparición del apego se relaciona con el surgimiento de otras dos marcas del desarrollo: la aparición del miedo como una emoción importante y la capacidad para gatear.

Se utilizan dos métodos principales para evaluar la relación de apego bebé-cuidador. El procedimiento de Ainsworth, la situación desconocida, se lleva a cabo en el laboratorio y da lugar a tres pautas de respuesta infantil: pauta A o inseguro-rechazante; pauta B o con apego seguro; y pauta C, o inseguro-resistente. La mayoría de los bebés muestran la pauta B, pero la proporción de niños en cada clasificación varía según las culturas, lo que aparentemente refleja diferentes actitudes hacia la crianza de los niños. El método del Cuestionario global sobre el apego (Q-Set) evalúa la relación bebé-cuidador en un amplio margen de conductas y situaciones.

La calidad de la relación de apego entre el bebé y el cuidador parece proceder principalmente de la capacidad de reacción del cuidador. Las madres que son más sensibles a las señales de sus hijos y que adaptan sus conductas para coordinarlas con las de éstos tienen mayores probabilidades de desarrollar un apego seguro. Los recuerdos de la madre sobre su infancia, y el temperamento del niño también tienen un papel.

El apego seguro hacia la madre tiene diversos efectos positivos en el desarrollo del bebé. Los bebés de la pauta B, por ejemplo, muestran mayor competencia social y cognoscitiva que los bebés que tienen menos seguridad en el apego.

Influencias familiares

El desarrollo social, como cualquier otro aspecto del desarrollo del niño, está influido por el contexto en el que tiene lugar. Durante los primeros años, el contexto más importante es la familia. Es allí donde los niños pequeños pasan la mayor parte de su tiempo, adquieren muchas capacidades sociales y cognoscitivas, y desarrollan —para lo mejor o para lo peor— diversas actitudes, creencias y valores. Recuérdese del capítulo 2 que la familia, junto con la escuela, el vecindario, la iglesia, etc., es parte del microsistema de Bronfenbrenner, la parte de entorno que influye más directamente en el niño. Pero la propia familia es un sistema dinámico, influyendo cada miembro en todos los demás y evolucionando el sistema completo al paso del tiempo (Garbarino y Abramowitz, 1992).

La naturaleza transaccional del *sistema familiar*, en consecuencia, significa que los hechos o cambios en cualquier parte tienden a influir en todos los miembros, por ejemplo cuando llega un recién nacido, cuando un hijo parte para la escuela superior, cuando un abuelo incapacitado se va a vivir con la familia, cuando el padre pierde el trabajo, o cuando los padres se divorcian (Minuchin, 1985). La comprensión de los efectos que tiene la familia en el desarrollo del niño requiere que consideremos las influencias recíprocas no sólo entre padre e hijo, sino también entre hermanos, entre los padres, y así sucesivamente (Cowan *et al.*, 1991).

Dado que la familia es, indudablemente, el elemento de mayor influencia del microsistema, ha sido extensamente estudiada por los investigadores (Cowan *et al.*, 1991; Grotevant, 1989). Esta investigación se ha centrado en temas que van desde la simple interacción padre-hijo (Parke y Buriel, 1998), las concepciones de la familia por parte del niño (Bretherton y Watson, 1990), a la relación de la familia con la comunidad y la sociedad más amplia (Goodnow, 1988). En esta sección, consideraremos algunas de las formas en que el desarrollo de los niños recibe la influencia, positiva y negativa, del contexto familiar.

LA CAMBIANTE FAMILIA AMERICANA

Además de la complejidad de estudiar el sistema familiar, hay que tener en cuenta el hecho de que la familia como institución ha sufrido algunos cambios radicales en las últimas décadas. La familia «tradicional», dos padres - dos hijos, es cada vez menos común al surgir un amplio margen de tipos de familias como consecuencia del cambio de los valores y estilos de vida. Hoy en día, puede esperarse que el 50 % de los niños pasen una parte de su infancia viviendo en una familia monoparental, habitualmente con la madre. Y algunos otros que viven en familias biparentales podrían tener dos padres o dos madres, pues las parejas gays y lesbianas se están decidiendo cada vez más a tener o adoptar niños (Patterson, 1994, 1995). Además, mientras que tradicionalmente eran los padres los que mantenían a la familia, hoy día el 60 % de

las mujeres con hijos trabajan. En algunas familias los padres optan por quedarse en casa con los niños.

El elevado índice de divorcios significa también que sucede que muchos miembros de las parejas vuelven a casarse, produciéndose familias combinadas que incluyen hijos de padres y madres diferentes. Puede también esperarse que los niños de hoy en día tengan padres mayores, pues muchas madres esperan más tiempo hasta tener su primer hijo. Y puede esperarse que tengan menos hermanos, pues muchos padres eligen tener menos hijos (*U.S. Bureau of the Census*, 1990).

La influencia de estos cambios en el desarrollo de los niños ha sido de gran interés para los psicólogos del desarrollo, por razones teóricas y aplicadas. La mayor parte de lo que los psicólogos saben respecto al desarrollo infantil lo han aprendido estudiando a los niños en contextos familiares tradicionales. Pero ¿continúan siendo válidas esas conclusiones cuando los niños crecen en contextos no tradicionales? La respuesta parece ser, cada vez con más frecuencia, no, al ir descubriendo repetidamente los investigadores la importancia de la comprensión del desarrollo en contexto (Moen *et al.*, 1995).

El interés dedicado al cambio habido en las familias surge de la evidente realidad de que muchos de los niños de hoy en día están creciendo en lo que son, sin duda alguna, condiciones poco óptimas. Los niños de familias monoparentales, o de familias con los dos miembros pero que ambos trabajan, se convierten en niños con llavín, que llegan a una casa vacía y tienen, en gran manera, que cuidarse a sí mismos (Cowan, Powell y Cowan, 1998). Los difíciles tiempos económicos han dado como resultado la pobreza de 14 millones de niños en Estados Unidos (McLoyd, 1998). Los malos tratos infantiles han alcanzado el nivel de epidemia y parecen ir en aumento (Emery y Laumann-Billings, 1998). Y las drogas, la delincuencia y el sida se han convertido en parte de la vida diaria de muchos niños. Los psicólogos infantiles deben informar a los creadores de las políticas de cómo tales condiciones influyen en los niños y qué intervenciones se requerirían para tratarlos (Garbarino y Kostelny, 1995).

ESTILOS DE REALIZAR EL PAPEL DE SER PADRES

El primer desarrollo social resulta muy influido por las actitudes y prácticas de crianza de los padres (Cowan y McHale, 1997). Las opiniones de los padres respecto al grado en que su conducta determina el éxito en la vida del niño influyen en la forma en que se aproximan a la tarea de socialización del niño (Goodnow y Collins, 1990; Murphey, 1992). Y las prácticas de crianza que emplean —como crear y reforzar reglas, ofrecer apoyo y ánimo, o proporcionar guía, estructura y previsión en la vida del niño— pueden influir en gran manera en su desarrollo (Chamberlain y Patterson, 1995; Parke y Buriel, 1998).

Las formas de actuar de los padres son individuales y varían según las culturas (Bornstein, 1991; Maccoby, 1992). Dos dimensiones de la forma de actuar de los padres parecen ser especialmente importantes para el desarrollo del niño (Maccoby y Martin, 1983). Una de éstas es el *calor o afecto paternal*: la cantidad de apoyo, afecto y ánimo que proporcionan los padres, como oposición a la hostilidad, vergüenza o rechazo. La otra es el *control paternal*: el grado en que el niño es controlado, la cantidad de disciplina y reglamentación que le rodea en vez de dejarse en gran manera

sin supervisar. La combinación de estas dos dimensiones produce cuatro estilos generales de ser padres, que se ha comprobado que producen diferentes resultados en los niños (Baumrind, 1971, 1989; Dombusch *et al.*, 1985; MacDonald, 1992).

Los padres que tienen valores altos en cuanto al afecto y al control se conocen como padres *democráticos*. Estos padres tienden a tener cuidado de sus hijos y ser sensibles hacia ellos pero colocan unos límites claros y mantienen un entorno predecible. Este estilo de actuar de los padres es el que tiene claramente los efectos más positivos en el desarrollo social del niño. Los hijos de estos padres son los más curiosos, los que más confían en sí mismos y los que funcionan mejor en la escuela y son independientes.

Los padres que tienen valores bajos en cuanto al afecto pero altos en cuanto al control se denominan *autoritarios*. Los padres autoritarios piden mucho de sus hijos, ejerciendo un fuerte control sobre su conducta y reforzando sus demandas con miedos y castigos. La mayoría de los niños no reaccionan bien a esta forma de aproximación. Los hijos de padres autoritarios frecuentemente se preocupan con facilidad, mostrando cambios de humor, agresión y problemas de conducta.

Los padres que tienen valores altos en cuando al afecto pero bajos en control se denominan padres *permissivos*. Estos padres son cariñosos y emocionalmente sensibles pero ponen pocos límites a la conducta. Aunque proporcionan aceptación y ánimo a sus hijos, les proporcionan poca cosa en cuanto a estructura o posibilidad de predicción. Es curioso que los hijos de estos padres se parecen, en alguna forma, a los de los padres autoritarios; son con frecuencia impulsivos, inmaduros y descontrolados.

Finalmente, los padres que tienen valores bajos en ambas dimensiones se denominan padres *indiferentes*, estos padres ponen pocos límites a sus hijos pero también les proporcionan poca atención, interés o apoyo emocional. Este estilo independiente no fomenta el desarrollo social saludable. Los hijos de padres indiferentes suelen ser exigentes y desobedientes, y no acostumbran a participar de forma efectiva en juegos e interacciones sociales.

Parece, pues, que el tipo de padre óptimo es el que proporciona afecto y control. Es esencial que el niño se sienta amado y aceptado, pero también debe comprender las reglas de conducta y las opiniones o creencias que sus padres consideran que han de seguirse. Además, los diferentes resultados producidos por estos cuatro estilos de actuación de los padres persiste bastante después de los primeros años de desarrollo social. Las diferencias evidentes en el desarrollo social e incluso cognoscitivo durante la adolescencia puede comprobarse que se deben al estilo de actuación de los padres que los niños experimentaron en edad temprana (Fletcher *et al.*, 1995; Steinberg *et al.*, 1994; Steinberg *et al.*, 1995).

¿Por qué los padres difieren tanto en sus estilos de actuación? Vimos anteriormente que la sensibilidad de las madres hacia sus hijos es consecuencia, en parte, de los recuerdos de sus propias relaciones de apego. Estos recuerdos parecen igualmente influir los estilos de interacción de ambos padres con sus hijos. Un estilo longitudinal comparó las respuestas de madres y padres en el AAI antes de convertirse en padres con su posterior estilo de actuación parental con su primer hijo (Cohn *et al.*, 1992; Cowan y Cowan, 1992). El mayor afecto se encontró cuando ambos padres fueron clasificados como autónomos y el menor cuando ninguno de los dos fue clasificado como autónomo. Resulta interesante que cuando sólo el padre era autónomo, la madre mostraba igual nivel alto de afecto, lo que sugiere que el apoyo del esposo podía servir

para disminuir los sentimientos de inseguridad de la madre y en consecuencia favorecer su relación con el hijo.

Aplicaciones. *El empleo materno, la guardería y el apego*

Uno de los cambios sociales recientes más obvios se refiere al creciente número de mujeres que trabajan fuera de casa y dejan parte del trabajo de crianza de los hijos a otras personas, como las que les atienden en las guarderías (Scarr, 1998). Un tema que ha generado muchísimo interés y debate concierne a lo que sucede con el proceso de apego entre madre e hijo en tales circunstancias (Clarke-Stewart, Gruber y Fitzgerald, 1994; Lamb, 1998; McCartney, 1990). Esta cuestión no es nimia, pues en Estados Unidos más del 50 % de las mujeres casadas con niños menores de 5 años utilizaban regularmente algún cuidador (Bachu, 1995; Scarr, 1998).

Diversos estudios han descubierto que los bebés cuyas madres trabajan tienen menos probabilidades, que aquellos cuyas madres permanecen en casa, de obtener la clasificación de apego seguro en el procedimiento de Ainsworth de la «situación desconocida» (por ejemplo, Barglow, Vaughn y Molitor, 1987; Belsky, 1988; Belsky y Rovine, 1988; Lamb, Stemberg y Prodromidis, 1992). Y los bebés cuyas madres trabajan a jornada completa tienen menos probabilidades de desarrollar un apego seguro que aquellos cuyas madres trabajan a tiempo parcial (Clarke-Stewart, 1989). Estas pruebas parecen sugerir, a primera vista, que dejar a los niños en guarderías podría ser desaconsejable. Sin embargo, no todos los psicólogos están de acuerdo en que exista en ello problema alguno (Jaeger y Weinraub, 1990; Weinraub y Jaeger, 1990).

Uno de los principales puntos en discusión se refiere al significado de estos resultados. Como se mencionó anteriormente, la «situación desconocida» se ha venido utilizando exclusivamente para medir la relación de apego, y hay cierto desacuerdo respecto a qué es exactamente lo que mide. Hemos visto también que un requerimiento importante del método de Ainsworth es que el niño lo sienta como algo que le produce tensión. Es esa sensación de tensión lo que hace que el bebé muestre nerviosismo cuando su madre se va y le dedique una entusiasta bienvenida cuando vuelve, reacciones que conducen a que el bebé sea clasificado en el grupo de apego seguro.

El problema al utilizar este método para comprobar el impacto del empleo materno es que los niños que se quedan con frecuencia en las guarderías no encuentran la «situación desconocida» especialmente tensa. Después de todo, sus madres les dejan, de forma rutinaria, con otras personas y posteriormente los recogen. Quizá después de haber tenido bastante experiencia con esa rutina, la «situación desconocida» no provoca el nivel de nerviosismo necesario para mostrar las conductas que habitualmente indican el apego seguro.

Pero supongamos que los niños que van a las guarderías no tienen realmente un apego tan fuerte hacia sus madres. No todos los psicólogos creen que esto indique un problema grave. Hay pruebas, por ejemplo, de que los niños pueden desarrollar apegos seguros respecto a los cuidadores de las guarderías, compensando, parcialmente, la relación habitual madre-hijo (Goossens y Van Ijzendoorn, 1990). De forma alternativa, o quizá como consecuencia, los bebés que van a las guarderías pueden ser más independientes y más seguros de sí mismos al tratar con sus entornos sociales. Por ejemplo, entre los niños más mayores que han estado en guarderías, se ha observado en algunos estudios que son más sociables, tienen mejores capacidades lingüísticas y son más hábiles en las interacciones sociales (Clarke-Stewart *et al.*, 1994; Lamb y Sternberg, 1997). Dos proyectos longitudinales en Suecia han observado que las experiencias en las guarderías producen efectos positivos sociales y de conocimiento durante la infancia posterior y la adolescencia (Andersson, 1992; Broberg *et al.*, 1997).

Otro problema de interpretación de los efectos de la guardería en el apego se refiere a las propias madres. Algunas madres se ven forzadas a trabajar por razones económicas, mientras otras escogen trabajar porque su vida profesional es muy importante para ellas. Por el contrario, algunas madres que permanecen en casa prefieren no trabajar fuera, mientras otras quisieran hacerlo pero sienten que deben quedarse en casa para cuidar de su bebé. La cuestión es que tal vez el que la madre trabaje, o no trabaje, no es tan importante como la forma en que se siente respecto a su situación (Hock y DeMeis, 1990). Esta cuestión deviene a veces evidente cuando el trabajo causa **ansiedad maternal por la separación** (Hock, y Schirtzinger, 1992; McBride, 1990). A algunas madres, la separación de sus hijos les causa mucha tensión emocional. Un alto nivel de ansiedad, a su vez, interfiere con una atención óptima al bebé. Un estudio mostró que entre las mujeres que trabajaban, aquellas que experimentaban mayor ansiedad por la separación mostraban un estilo insensible de atención al bebé y sus bebés solían clasificarse en la pauta A (Stifter, Coulehan y Fish, 1993). En estos casos, el problema no era el propio trabajo, sino el efecto que producía sobre la madre y finalmente sobre la relación madre-hijo.

Las cuestiones referentes al marco de las guarderías y al personal que trabaja en ellas están relacionadas con todos estos resultados. El número de niños por clase, el número de adultos que los supervisa, y los métodos de enseñanza (si hay alguno) y de disciplina influyen en la calidad de las experiencias que experimentan los niños en las guarderías (Howes, 1997; Lamb y Sternberg, 1998; Rosenthal y Vandell, 1996). Y estos factores pueden finalmente tener tanta influencia en el desarrollo del niño como el hecho de que el niño esté con o sin la madre.

La controversia respecto a la adecuación del procedimiento de la situación desconocida para evaluar el apego en los niños que van a la guardería se ha resuelto ahora en cierto modo. Un reciente estudio a gran escala sugiere que llevar el niño a una guardería no influye en la seguridad del apego que el niño establece con su cuidador en modo alguno (NICHD *Early Child Care Research Network*, 1997). El informe indica, sin embargo, que un niño cuya madre tenga un poco de sensibilidad tiene mayores probabilidades de ser clasificado como con apego inseguro cuando: 1) la guardería tampoco proporcione muchos cuidados, 2) el niño pasa mucho tiempo en la guardería, o 3) el niño pasa por demasiadas soluciones diferentes para su cuidado diario. Un resultado relacionado es que los niños varones tienen mayores probabilidades de ser clasificados como con apego inseguro cuando pasan mucho tiempo en la guardería, mientras que las niñas tienen mayores probabilidades de recibir esa clasificación cuando pasan poco tiempo en la guardería.

El tema es evidentemente complejo y a pesar de que se le han dedicado muchos estudios aún no está del todo resuelto. Aunque a menos que grandes políticas gubernamentales o empresariales permitan a las madres (o quizás a los padres) recibir apoyo mientras permanecen en casa con sus recién nacidos, el empleo maternal continuará existiendo en la mayoría de las familias (Carnegie Task Force; Clark *et al.*, 1997). El tema de las guarderías seguirá pues, siendo un tema de interés aún por algún tiempo.

EL PAPEL DE LOS PADRES

La mayoría de las investigaciones que hemos comentado se han referido a las madres. Pero los padres también desempeñan un gran papel en la mayor parte de las familias y son ciertamente figuras importantes para los niños pequeños. Éste es especialmente el caso hoy en día, pues muchos padres están asumiendo un papel cada vez mayor en la crianza del niño (Hewlett, 1992; Parke, 1996; Russell y Radojevic, 1992).

Es curioso que los padres generalmente pasan menos tiempo con sus hijos que las madres, incluso cuando ambos están en casa (Belsky, Gilstrap y Rovine, 1984; Biernat y Wortman 1991). Las pruebas sugieren que los padres sí tienen la habilidad para ser buenos cuidadores (Belsky, Gilstrap, y Rovine, 1984; Parke, 1995, 1996). Pero no es a través del cuidado la forma habitual en que los padres interactúan con los bebés. Con más frecuencia, las interacciones padre-hijo implican estimulación física y juego, especialmente con los varones (Lamb, 1986; MacDonald y Parke, 1986).

El apego entre los bebés y sus padres ha sido un tema que ha despertado un gran interés (Belsky, 1996). Una de las cuestiones principales ha sido si el bebé desarrollará un apego emocional fuerte hacia alguna otra persona que aquella que le cuida generalmente (que habitualmente es la madre). La respuesta es ciertamente sí. Los bebés pueden llegar a tener un apego seguro con sus padres; los padres, a su vez, muestran sentimientos semejantes (Fox, Kimmerly y Schafer, 1991; Palkovitz, 1984). De hecho los padres presentan niveles de *ansiedad paterna por la separación* tan altos como los de las madres (Deater-Deckard *et al.*, 1994).

Una segunda cuestión importante ha sido si la relación del bebé con el padre es necesariamente la misma que con la madre. De hecho, parece que el apego de un bebé hacia su padre es bastante diferente (Bridges, Connell y Belsky, 1988; Fox, Kimmerly y Schafer, 1991) y que ello refleja, también, la sensibilidad y capacidad de reacción del padre hacia el bebé (Cox *et al.*, 1992; Easterbrooks y Goldberg, 1984). Estos datos son importantes porque apoyan la hipótesis de que la seguridad del apego del niño hacia quien le cuida depende de la capacidad de reacción de éste hacia el bebé. Sin embargo, incluso cuando padre e hijo tienen una relación segura, no es probablemente tan fuerte como la relación del bebé con la madre (Parke, 1995, 1996).

Lamentablemente, los padres pueden ser también una fuente de influencia negativa en los niños. Aunque la mayoría de los estudios que examinan la influencia de la depresión parental, psicopatología y maltrato se han referido a las madres, la presencia de esos problemas en los padres también puede tener efectos dañinos en el desarrollo del bebé (Phares, 1992; Phares y Compas, 1992). Finalmente, los padres parecen tener un papel en el desarrollo del niño en los papeles referidos al género. Comentaremos esta cuestión en el capítulo 15.

Desarrollo en el contexto cultural. La variación del papel del padre en China

La tecnología está modernizando el mundo de forma increíble. Sociedades que fueran rurales se están convirtiendo rápidamente en urbanas. Sociedades cuyas economías estaban en tiempos basadas en la agricultura y la pesca se están convirtiendo en industrializadas. Y con estos desarrollos están surgiendo importantes cambios en el tejido social de estas culturas, especialmente en lo que se refiere a la familia (MacFarlane, 1987). En ningún sitio ha sido más evidente esta tendencia que en China, donde la variación del papel del padre sirve para ilustrar lo que está sucediendo en otras muchas culturas en todo el mundo (Whyte y Parish, 1984).

La cultura china es una de las más antiguas del mundo; durante los últimos dos mil años más o menos, la estructura familiar se enraizaba en la filosofía de Confucio. Esta filosofía dictaba los papeles familiares que eran, en comparación con lo habitual en Occidente, rígidos y tradicionales. Hasta hace poco, la familia china se caracterizaba por una división



estricta del trabajo entre los padres. El padre era considerado el principal proveedor y cabeza absoluta de la familia. Se suponía que los niños respetaban su autoridad y le obedecían sin preguntar. Su cometido principal era la disciplina, y su mayor responsabilidad asegurar el desarrollo del carácter del niño, lo que incluía fomentar su independencia, autosuficiencia, y motivación para el éxito. En este papel, solía permanecer emocionalmente frío y evitaba las muestras de afecto.

Los padres eran también responsables de la educación del niño. Se esperaba de ellos que no sólo instruyeran al niño en muchas áreas sino que también controlaran su trabajo en la escuela y finalmente su carrera. Por el contrario, el cometido de la madre era encargarse de su cuidado, proporcionándole afecto y apoyo emocional y atenderle en sus necesidades diarias (Ho, 1987).

La rápida industrialización y urbanización de China en las últimas décadas ha producido diversas tendencias que están cambiando esta estructura familiar tradicional (Jankowiak, 1992). Primero, muchas madres han entrado a formar parte de la fuerza laboral, dejando parte del cuidado de los hijos al padre. En consecuencia, el papel del padre ha debido extenderse más allá de lo disciplinario y educativo para incluir muchos de los deberes de atención que hacía la madre. Además, los padres chinos se están implicando en la educación de sus hijos a edades más tempranas. Y también, como muchas familias chinas viven ahora en pequeños apartamentos urbanos, los padres están forzados a participar con mayor frecuencia en las interacciones diarias con sus hijos. Finalmente, hay una actitud creciente en la cultura china actual respecto a que la relación padre-hijo debe ser de mayor calor (afecto) y emocionalidad. Finalmente, la política del gobierno chino de animar a tener un solo hijo por familia (Falbo y Poston, 1993) ha significado que en muchas familias el centro de atención del padre se ha dirigido hacia un único hijo o hija.

Estos cambios no significan que los padres chinos se hayan convertido, de repente, en intercambiables con las madres chinas, que continúan mostrando más paciencia y afecto hacia sus hijos. La mayoría del pensamiento tradicional aparentemente permanece, como lo muestran unas observaciones recientes hechas por un antropólogo respecto a los padres y madres chinos:

Siempre que el niño está con ambos padres, se asume y se espera que sea la madre quien realice todos los cuidados necesarios, los mismos que realizaría dentro de casa. Especialmente si el niño se siente extraño y comienza a llorar, conducta que inmediatamente activa la implicación de la madre al igual que retira rápidamente el interés del padre. En [las observaciones hechas durante] el verano, nunca vi a un padre, ni en casa ni en público, llevar en brazos a un niño llorando si la madre estaba presente (Jankowiak, 1992, p. 353).

Sin embargo, parece emerger en China un nuevo tipo de padre. Desdichadamente, con los cambios a veces vienen los problemas. Un cambio irónico es que los maestros chinos se quejan ahora de que los niños están siendo demasiado mimados y consentidos por sus padres. Aunque esta educación se supone que es la consecuencia de que muchos padres tienen un único hijo, la investigación no ha dado soporte a esta idea (Falbo y Poston, 1993; Yang *et al.*, 1995). Al contrario, parece más probable que se deba a los padres modernos, que han abandonado en gran manera su papel tradicional como estrictamente disciplinarios y se han convertido en más cariñosos y permisivos con sus hijos.

EL PAPEL DE LOS ABUELOS

En algunas familias, los abuelos realizan un cierto número de papeles importantes. Pueden servir de fuente de apoyo emotivo y financiero para los padres y pueden, a veces, ser mentores, compañeros de juegos, canguros o sustitutos de los padres para el nieto (Smith, 1995; Tinsley y Paker, 1988). Los papeles que desempeñan y la naturaleza de sus relaciones con sus hijos y sus nietos parecen depender de diversos factores (Clingempeel *et al.*, 1992).

Uno de ellos es la estructura familiar. En familias biparentales, los abuelos tienden a quedar más al margen y tener menos implicación directa con los nietos. Cuando falta uno de los padres, sin embargo, el papel de los abuelos aumenta generalmente y los niños expresan igualmente un mayor acercamiento hacia ellos. Esto es especialmente así en el caso del abuelo. Si el padre o la madre vuelven a casarse, sin embargo, los abuelos tienden a retirarse de nuevo a papeles más distantes.

Se ha observado que la implicación de los abuelos con los nietos se relaciona con la edad de los niños y su sexo. En edades tempranas, los niños y las niñas tienen una relación igual de cercana con sus abuelos. Pero al llegar a la pubertad, los chicos suelen acercarse más a los abuelos, mientras las chicas se mantienen más distantes, especialmente del abuelo. Una explicación que se propone para esta diferencia es que la pubertad es un período de tensión emocional que conduce a los chicos a distanciarse de los padres y a buscar apoyo en otro lugar (Anderson *et al.*, 1989; Steinberg, 1988). Los chicos aparentemente buscan a los abuelos para cumplir esa misión, mientras que las chicas tienden a buscar el apoyo en sus amigas.

El papel de los abuelos no siempre es positivo. Diversos estudios han examinado la influencia que una abuela podía tener cuando la hija es una adolescente que tiene un hijo. Como las madres adolescentes son con frecuencia pobres y solteras, no es extraño que vivan con sus propias madres. En estos casos, las abuelas a veces interfieren e impiden que la madre se sienta cómoda y efectiva en su papel de madre. Como consecuencia, los niños en estas situaciones es más probable que presenten problemas de conducta y es menos probable que tengan un apego seguro (Spieker y Bensley, 1994; Unger y Cooley, 1992).

PADRES QUE MALTRATAN

Aunque la familia es habitualmente una fuente de seguridad y protección para el niño, a veces puede ser exactamente lo contrario. El maltrato a los niños es una realidad trágica en algunos hogares, y es un problema que parece ir en aumento (Emery y Laumann-Billings, 1998).

El maltrato y la negligencia tienen importantes consecuencias en el desarrollo de los niños. Hacia el año de edad, los bebés maltratados suelen ir retrasados tanto en el desarrollo social como en el cognoscitivo, y estos problemas generalmente continúan en la infancia y la adolescencia (Trickett y McBride-Chang, 1995). Muchos investigadores evolutivos han llegado a la convicción de que estos déficit provienen de la falta de una relación de apego seguro con la madre. En consecuencia, gran parte de la investigación reciente se ha centrado en el proceso de apego en los bebés que han sido maltratados o que están en riesgo de serlo (Cicchetti y Carlson, 1989; Rogosch *et al.*, 1995).

Según hemos visto, se considera que un cuidado sensible y con interés que surge de una regulación mutua entre el bebé y quien le cuida proporciona la base de un apego seguro. Pero, como también hemos observado, muchas de las madres que maltratan a sus hijos no son capaces de desarrollar un sistema de comunicación tranquilo y efectivo con ellos. Aunque los bebés desarrollan el apego incluso hacia las madres cuya calidad de atención es pobre, la calidad de la relación de apego sufre las consecuencias. Quizá por esta razón, la pauta de apego «angustiado» se da con más frecuencia entre los niños maltratados (Carlson *et al.*, 1989; Rogosch *et al.*, 1995).

Algunas madres maltratan a sus hijos en formas que implican castigo físico, conducta hostil e invadiendo el entorno del bebé. En vez de sincronizar su conducta con la del niño, con frecuencia y de forma insensible continúan constantemente en cualquier cosa que estén haciendo (por ejemplo, alimentar al bebé antes de que tenga hambre), centrándose más en sus propias necesidades que en las del bebé. Esta forma de cuidado se ha denominado *sobreestimulante* y se considera unida al maltrato físico, como golpear y dañar, y a la pauta de apego «inquieto-rehuyente» (pauta A). Como contraste, el cuidado insensible de algunas madres toma la forma de rechazo y poca implicación. Este tipo de cuidado, denominado *infraestimulante* se asocia con la negligencia física y emocional y parece ser causa de la pauta de apego «inquieto-ambivalente» (pauta C) (Belsky *et al.*, 1984; Lyons-Ruth, Connell y Zoll, 1989).

Los niños maltratados no siempre pueden ser clasificados según las tres pautas originales de Ainsworth porque con frecuencia no consiguen mostrar pautas de reacciones coherentes con la situación desconocida. Estos bebés muestran frecuentemente elementos de cada categoría, a veces acompañados de reacciones extrañas, como quedarse indiferentes, asumir posturas o expresiones extrañas, y hacer movimientos interrumpidos o a deshora. Estas conductas han hecho que se les clasifique como «desorganizados y desorientados», o bebés de pauta D (Main y Solomon, 1986; 1990). Estos niños están expuestos a desarrollar conductas agresivas y a tener problemas de conducta antisocial (Lyons-Ruth, Alpern y Repacholi, 1993).

Las conclusiones que pueden extraerse de estos resultados apoyan un modelo de apego transaccional (Crittenden y Ainsworth, 1989). La evolución ha previsto que los bebés desarrollen apego incluso hacia cuidadores que les proporcionan un cuidado mínimo o deformado. Pero las interacciones entre estas madres y sus hijos evidentemente afectan la calidad de la relación que se desarrolla, y esta relación, a su vez, influye en el posterior desarrollo social, emocional y cognoscitivo del niño (Van Ijzendoorn *et al.*, 1992)

Recapitulación

La familia es el contexto más importante en que tiene lugar el primer desarrollo social. La familia tradicional ha cambiado tremendamente en los últimos años. Los psicólogos están interesados en estos cambios como forma de validar las conclusiones previas referentes al desarrollo humano y también porque implican cuestiones de importancia social.

Un conjunto de datos indica que la conducta social de los niños está influida por el estilo de cuidado en la crianza realizado por los padres. Los padres con autoridad generan niños y adolescentes más independientes y socialmente competentes.

Los hijos de padres autoritarios, indiferentes o permisivos muestran con frecuencia problemas sociales y de conducta. Los estilos de actuar de los padres resultan influidos por sus actitudes y creencias, además de por los recuerdos de sus primeras relaciones de apego.

Un factor bastante nuevo en el desarrollo social es la tendencia actual de las madres a trabajar fuera de casa. Algunos estudios han encontrado una relación de menor apego entre las madres y sus hijos que pasan tiempo en guarderías, pero el significado y la importancia de estos resultados no están claros aún.

Los bebés pueden desarrollar fuertes relaciones de apego con el padre, que parecen basarse en el nivel de su reacción hacia el bebé. Incluso las relaciones seguras de apego padre-hijo, sin embargo, no es probable que sean tan fuertes como la relación madre-hijo.

Los abuelos generalmente se implican más en las vidas de los niños cuando se trata de familias monoparentales. En la pubertad los chicos tienden a acercarse a los abuelos mientras que las chicas tienden a distanciarse. La presencia de una abuela puede interferir a veces con la eficacia de la actitud parental de una hija soltera adolescente.

El maltrato infantil puede dañar el desarrollo social y cognoscitivo del niño. Los bebés desarrollan apego hacia las madres que les maltratan, pero la relación de apego no es segura. Los hijos de madres que tienen un tipo de cuidado superestimulante suelen pertenecer a la pauta de apego A y los niños de madres que tienen un tipo de cuidado infraestimulante muestran la pauta C. La pauta D, o pauta desorientada y desorganizada, caracteriza con frecuencia a los niños que han sufrido malos tratos.

Conclusión

Dijimos al comienzo que el desarrollo social es un tema complejo, y ahora este mensaje ha debido de quedar bastante claro. Es importante comprender las dos fuentes diferentes de esta complejidad.

La primera concierne a las propias interacciones sociales. Como estas conductas son trasaccionales —influyendo constantemente unas en otras— es difícil separar las causas de la conducta social de sus efectos. Incluso en la relación bebé-madre, como hemos visto, las influencias sociales pueden ser sutiles y altamente interrelacionadas. Identificar los determinantes de la conducta del bebé y la madre es, en consecuencia, una tarea muy interesante y compleja.

La segunda razón por la que este tema es tan complejo es que el desarrollo social se ve influido por algo más que las influencias sociales. La forma en que el niño interactúa con otras personas es el resultado de procesos biológicos, capacidades cognoscitivas, y factores no sociales del entorno, además de las influencias de las otras personas. Sólo recientemente han empezado los psicólogos a apreciar la extensión en que estos factores no sociales están implicados en el desarrollo de las relaciones sociales, como seguiremos viendo en los capítulos posteriores.

En este capítulo nos hemos centrado en el fenómeno del apego y sus precursores en el desarrollo. Otras relaciones y procesos sociales también tienen lugar durante la infancia, y los consideraremos en el capítulo siguiente. Además, examinaremos el desarrollo social más allá de los primeros años, al separarse el niño de los cuidadores y el hogar para convertirse en un miembro de una sociedad mayor.

RESUMEN VISUAL DEL CAPÍTULO 12: PRIMER DESARROLLO EMOCIONAL Y SOCIAL

Teorías del desarrollo social temprano

Etología.

Los bebés están programados biológicamente para producir conductas que le mantengan cerca de su madre y que la animen a proporcionarle el cuidado adecuado. La madre, a su vez, está biológicamente predispuesta a entender y responder a las señales del bebé.

Aproximación a la influencia del entorno en el aprendizaje.

Las respuestas de apego madre-hijo provienen de un proceso de aprendizaje social; el bebé y el cuidador son sensibles a la conducta del otro.

Modelo basado en el desarrollo cognoscitivo.

Algunos teóricos mantienen que los bebés y las madres desarrollan modelos de trabajo interno según la conducta del otro. Los teóricos vygotskianos mantienen que, a través de una participación guiada, los padres y otros ayudan a los niños a adquirir capacidades sociales y conocimiento.

Regulación mutua entre bebés y cuidadores

El llanto.

Los bebés utilizan diferentes llantos para comunicar diferentes mensajes. Los cuidadores, con la experiencia, entienden con mayor exactitud esos mensajes.

Las emociones y el sistema afectivo.

Los bebés comienzan a expresar emociones relativamente simples en los dos primeros meses. También comienzan a diferenciar expresiones faciales en el primer medio año de vida, aunque su comprensión de esas expresiones no es evidente hasta el segundo medio año.

Interacciones cara a cara.

Las interacciones cara a cara son las más comunes en los 3 o 4 primeros meses. Como el bebé presenta ciclos entre los estados de atención y distracción, las madres sincronizan su propia conducta para acomodarse a esos ciclos.

Temperamento

Tipos de temperamento.

El NYLS identifica tres tipos de temperamento: el bebé fácil, el bebé difícil, y el bebé de reacción lenta. El modelo EAS de Plomin define el temperamento en términos de emocionalidad, actividad y sociabilidad. Rothbart sostiene que el temperamento refleja la reacción (emocionabilidad) y la autorregulación del bebé.

Consecuencias del temperamento.

El temperamento puede influir en las interacciones madre-hijo a través de la buena adecuación, la sincronización entre el temperamento del niño y su entorno físico y social. La calidad de estas interacciones, a su vez, puede influir en el desarrollo cognoscitivo del niño. El temperamento puede también estar implicado en los problemas de conducta posteriores del niño y en cómo reacciona ante situaciones de tensión.

Apego

Desarrollo del apego.

El apego niño-cuidador se desarrolla en tres etapas. En la primera etapa, sensibilidad social indiscriminada (del nacimiento a los 2 meses), el bebé responde socialmente a casi todo el mundo. En la segunda etapa, sensibilidad social diferenciada (2-7 meses), los bebés dirigen sus respuestas sociales principalmente a personas familiares y desarrollan un sistema de comunicaciones afectivas único con su cuidador. En la tercer etapa, apego centrado (8 a 24 meses), los bebés son cautelosos con los desconocidos, protestan por la separación y utilizan a la madre como fuente de comodidad y como una base segura.

Evaluación del apego.

El procedimiento de la situación desconocida de Ainsworth se realiza en el laboratorio y genera tres pautas de respuesta: pauta A, o inseguro-rechazante, pauta B o de apego seguro, y pauta C, o inseguro-resistente. El procedimiento del Cuestionario global sobre el apego (AQS) implica observar a los niños y sus madres en el hogar, y evaluar la naturaleza y calidad de la relación madre-bebé con el método del cuestionario.

Determinantes y consecuencias del apego.

La calidad de la relación de apego bebé-cuidador parece provenir primariamente de la capacidad de reacción del cuidador. El temperamento del bebé también juega un papel, al igual que los recuerdos de la madre de su propia infancia. El apego seguro tiene efectos positivos cognoscitivos y sociales en el desarrollo del niño.

Influencias familiares

Estilos de actuación de los padres.

Los padres democráticos (con autoridad) generan los niños y adolescentes más independientes y socialmente competentes. Los hijos de padres autoritarios, indiferentes o permisivos muestran con frecuencia problemas sociales y de conducta.

El papel del padre.

Los bebés pueden desarrollar una fuerte relación de apego con el padre; sin embargo, incluso el apego seguro bebé-padre no suele ser tan fuerte como la relación bebé-madre.

El papel de los abuelos.

Los abuelos generalmente están más implicados en la vida de los niños cuando se trata de familias monoparentales. En la pubertad, los varones tienden a estar más cerca de sus abuelos y las niñas a distanciarse.

Padres que maltratan.

Los bebés forman apegos inseguros con las madres que maltratan. Los hijos de madres que sobreestiman muestran la pauta A de apego; los de madres que infraestiman muestran la pauta C. La pauta D, o pauta desorientada y desorganizada, caracteriza frecuentemente a los niños que han padecido malos tratos.